



Soledad Loaeza. (2022). A la sombra de la superpotencia. Tres presidentes mexicanos en la Guerra Fría. México. El Colegio de México.

Francisco González Ayerdi*

Una frase acuñada y debatida entre expertos en geopolítica e historia de la formación de los Estados nacionales, es posible de recordarse por los lectores de este magnífico libro: “geografía es destino”.

La dotación, confines, recursos, medios y obstáculos que la geografía condiciona para el desarrollo de las naciones, es también un factor político para los sistemas y formas de gobierno, sean estos concebidos como sistemas políticos o regímenes. Alexis de Tocqueville en su texto perenne *La democracia en América* expresa su admiración por el delta del Misisipí, advertido como proveedor de sustratos de una agricultura próspera. Elogia el extenso territorio creado por la independencia de la Corona Británica, señalando como un vasto espacio de poblamiento, translación constante de los recién acogidos por las costas del Este en veloz viaje terrestre de comercio y seres humanos, al mismo tiempo que se expande la red ferroviaria de aquel país hacia el Oeste.

En los textos especializados contemporáneos se discute cómo el *factor* geográfico es determinante o moldeable si se cuentan con los medios técnicos, sociales y políticos de un Estado. Es decir si se cuenta con la densidad institucional que sostiene el poder político y construye grandes decisiones nacionales, recurso institucional insuficiente de no hacer usos de medios técnicos, requiriendo el recurso humano que los emplee útilmente. Los recursos sociales, humanos técnicos y culturales, sólo se ponen en marcha si la voluntad política se comparte por una nación.

Las fronteras entre las naciones limítrofes de los Estados Unidos Mexicanos, la República Mexicana y los Estados Unidos de Norteamérica, Norteamérica o Estados Unidos se han moldeado por la historia. En la identidad nacional mexicana y la politización de las generaciones de la primera mitad del siglo XX, se cinceló la preocupación por el dominio norteamericano gestado desde el siglo XIX extendiendo éste su territorio y recursos a costa de los nuestros. Se gestó la naturaleza asimétrica a lo largo del siglo XX entre estas dos sociedades y sistemas políticos.

* Maestro en Sociología Política por la École des Hautes Études en Sciences Sociales, Francia. Profesor de Tiempo Completo adscrito al Centro de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNAM.

Esa cuña es puesta a revisión por Soledad Loaeza, propuesta de investigación que dilucida la forma en que la clase política mexicana en el transcurso de la guerra fría, instauró un sólido sistema político, diseñó mecanismos de moderación en la relación con los Estados Unidos de Norteamérica, aprehendió el valor de la política exterior y logró el suficiente grado de autonomía para atemperar la hegemonía norteamericana, rechazar las formas más intensas de ésta cuando se insistió a lo largo de esas décadas en la integración de una alianza militar con la pretensión de abarcar todo el continente.

Revisiones hechas al texto de Soledad Loaeza destacan su rigor metodológico, la discusión sobre nociones clave como presidencialismo y autoritarismo con los cuales se ha designado al sistema político mexicano posterior a la Revolución Mexicana, este libro de una autora reconocida por su larga trayectoria, pone a discusión si, el centralismo del poder presidencial y el control ejercido por el partido en el gobierno, fueron condicionados o no, por el factor externo, o si con esa influencia innegable, el Estado autoritario mexicano, a la vez incluyente y excluyente desarrolló su propia lógica que permitió justamente resistir al poderío norteamericano.

La nación mexicana al inicio de los años cuarenta de la pasada centuria estaba comprometida con la maduración de su sistema político, convirtiéndolo en una institucionalización de liderazgo civil, con amplias bases sociales incorporadas en lo que fue el Partido de la Revolución Mexicana (1938-1946), aspirando a la creación de un aparato industrial que sostuviera el crecimiento económico.

Los Estados Unidos de Norteamérica surgieron de la atroz segunda guerra mundial, como una potencia mundial aspirando a una hegemonía regional, ampliando su influencia a Europa y midiéndose con la Unión Soviética como gran competidora económica, militar, pero sobre todo política e ideológica. La entonces URSS fijó términos del armisticio europeo, estableció coordenadas de su influencia territorial. Los norteamericanos establecieron la Organización del Tratado del Atlántico Norte como pacto de respuesta militar a cualquier agresión a los países europeos occidentales, mientras que la Unión Soviética replicó con la firma del Pacto de Varsovia en 1955. La URSS expandió su poder en 1956 con la invasión de Praga, para años más tarde, convertirse en garante del fallido socialismo cubano. Cristalizó la Guerra Fría como lucha entre potencias geográficas y políticas pero también sombríamente midiendo armamentos nucleares.

El desempeño de los titulares de la Presidencia de la República estudiado por Soledad Loaeza en el período 1940 a 1958, es analizado reconociendo una barrera infranqueable para los responsables de la gestión estatal de nuestro país en esa fase, el ascenso norteamericano como gran potencia mundial. Factor que excede el campo de acción mexicana. El fortalecimiento del sistema político mexicano y la continuidad de la modernización económica por la vía de la creación del sector industrial nacional son tareas difíciles de realizar cuando la geografía política mundial traza una gran división en dos grandes liderazgos, donde una de sus lógicas es crear campos de adhesión que sumen al mayor número de actores, en lo político y en lo ideológico.

La guerra fría se instala a nivel mundial y fuerza al resto de naciones, a ubicarse en uno de los dos polos, los márgenes de actuación son estrechos y complicados. Los presidentes mexicanos asumieron los hechos y buscaron conservar la autonomía política para el país. ¿Qué resultados fueron fructuosos?, ¿cuáles decepcionantes?, ¿los titulares del poder Ejecutivo nacional contaban con la autonomía suficiente para cumplir sus objetivos?, son las preguntas a las que responde el magno libro de Soledad Loaeza Tovar.

El valioso aporte del Libro de Soledad Loaeza es que no da respuestas maniqueas o absolutas, los presidentes mexicanos reconocieron el poder norteamericano, son conscientes de la

necesidad de establecer con esa potencia una *política de colaboración*, acompañada de resolución negociada de diferendos. Tareas a realizar paralelamente al esfuerzo de la institucionalización política, cumplir el despertar industrial, solidificar el control político interno, minimizando o impidiendo los abiertos o encubiertos propósitos injerencistas provenientes de Washington o de los enviados de la Casa Blanca como embajadores a nuestro país.

Las relaciones entre nuestro país y el llamado vecino del Norte han sido y son intensas, complejas, difíciles, repetidamente tensas y, pese al dilatado tiempo que estas sociedades han convivido, están en constante redefinición. Esta entreverada coexistencia revela la naturaleza de la política internacional en su relación a un Estado o sistema político: el escenario internacional no está supeditado a un gobierno. El propósito, interés y viabilidad de que un Estado influya decisivamente y a su favor en las relaciones con el resto de los Estados, requiere de una economía pujante, moderna, diversificada en capacidad de competir con otras naciones.

El poder económico en el escenario internacional no basta para dar poder de decisión, se requieren además, poderío militar, presencia en los foros internacionales, servicios de inteligencia, comunicaciones robustas y actualizadas, influencia cultural, estrategia, alianzas, medios de actuación y reconocimiento o respeto del resto de la comunidad internacional. Una posición de influencia internacional no se obtiene en un período corto, se requiere empeño, perseverancia e inteligencia.

México al terminar la década los años treinta del siglo pasado como mencionamos, se encontraba en una senda promisoriosa, recién emprendida, pero con desafíos a resolver. Compartiendo frontera con una nación convertida en potencia al terminar la Segunda Guerra Mundial y en gran medida como consecuencia del resultado global de esa conflagración. En condiciones de desventaja, en México, se construyeron instituciones y se tejieron decisiones para contar con una política internacional acorde con el nuevo esquema mundial. Es decir si se construyó una política exterior en condiciones internas y externas distintas al fin de los años treinta. Cumplimiento hecho de aprendizaje, acierto, error, intuición, doctrina, pero también de reflexión y ponderación. Labor no sin altibajos, sin que en ellos no faltaran ajustes entre el Jefe del Ejecutivo Federal y los responsables de la Secretaría de Relaciones Exteriores, resueltos en varios casos con la remoción de su responsable.

Entre otros ese fue uno de los retos mayores para los presidentes de México que ocuparon la conducción del país en el período 1940-1958 y es uno de los temas centrales de esta investigación profunda. Téngase en cuenta lo reiterado en estas páginas, el periodo referido iniciaba tras la construcción del sistema político erigido bajo la presidencia del Gral. Lázaro Cárdenas instaurando una Jefatura de Estado no compartida y desprendida de la tutela callista. La crisis de la expropiación petrolera puso a prueba la fortaleza del Estado, dio lugar a una nueva pauta de crecimiento interno, se escenificó en una fuerte tensión internacional, donde México logró desvincular los intereses de las compañías afectadas de los planes del Departamento de Estado de la Riviera del río Potomac. Las relaciones agrarias se transformaron con el reparto y reformas del sector y se dio un espacio subordinado a las grandes organizaciones sociales en el partido político creado por el Estado mexicano.

Una nueva presidencia se inauguró en México en 1940 desafiada por las condiciones del conflicto bélico mundial, reorientado la economía al desarrollo industrial y requiriendo redefinir su relación con el mundo. El nuevo rumbo, su mantención, rectificación, logros y limitaciones forman parte del contenido del libro aquí reseñado, donde se examina con rigor el entrelazamiento de la política exterior de nuestro país con las condiciones políticas internas.

El reciente libro de la autoría de Soledad Loaeza es resultado de una exhaustiva consulta de archivos de ambos países. La bibliografía indica la cuantiosa literatura acumulada sobre el tema en varios lustros, la narración y explicación, dan blasones áureos a la pródiga trayectoria de su autora.

Soledad Loaeza es una experta en la historia del Partido Acción Nacional y de las experiencias hechas Gobierno surgidas de esa formación política. Durante varias décadas ha escrito brillantes y lúcidos ensayos políticos, abordando desde la polémica de los libros de texto gratuito en México en los años cincuenta, pasando por la paulatina y entreverada historia de nuestra transición democrática, hasta analizar el cambio del estado jacobino mexicano al estado raquíutico en los años noventa del siglo pasado.

El libro que aquí se comenta, sustenta una reinterpretación robusta de tres temas cruciales para la vida nacional ceñidos al período aludido en el título, pero que son imprescindibles referentes para acercarnos al conocimiento de nuestra actual condición. La supremacía y desempeño del Presidente de la República, entendiéndolo como pieza maestra del sistema político mexicano, es decir, como una institución política del propio Estado mexicano. Como base de éste, nuestro sistema político construido a resultas de la Revolución Mexicana, modernizado por el empuje de la industrialización y crecimiento económicos experimentados a partir de los años cuarenta del siglo XX, asentamiento capitalista compañero y resultado a la vez, de la solidez de las instituciones políticas generadoras de estabilidad política.

Pero el aporte mayor de la investigación de Soledad Loaeza es sobre todo, de nuestra relación *asimétrica* con el país *más poderoso* del mundo. Autores y hechos mundiales han puesto en duda el poderío norteamericano, desde hace algunas décadas la escena internacional incluye a nuevos actores, los bloques económicos globales han substituido a la bipolaridad. En el transcurso de los años cincuenta del siglo XX no se cuestionaba el rol hegemónico de la potencia americana

Las coordenadas tanto políticas como ideológicas surgidas de la segunda Guerra Mundial, envolvieron a nuestro país y por ende al Estado, el sistema político y los actores nacionales, en un corsé muy molesto para los tres presidentes examinados por Loaeza Tovar: Manuel Ávila Camacho, Miguel Alemán Valdez y Adolfo Ruiz Cortines. Rigidez establecida y mantenida por variables de difícil manipulación. La desigualdad de las condiciones y perspectivas económicas entre un país industrializado indemne de la destrucción bélica que asoló a Europa, los Estados Unidos de Norteamérica además de fijar las condiciones políticas del armisticio, fue su procurador y garante militar, aseguró fondos cuantiosos para la reconstrucción del viejo continente y tuteló el destino político de la Alemania derrotada.

Nuestro vecino del Norte fijó los términos de convivencia gélida con la entonces existente Unión Soviética, superó a ésta en armamento nuclear, añadió a su presencia europea, el trazado de un área exclusiva de influencia en toda América Latina.

México se encontraba en los albores de construcción de su aparato industrial, había terminado en los hechos el reparto agrario cardenista, la institucionalidad política presentaba sus primeros brotes, las organizaciones sociales estrenaban pacto con el Presidente de la República por la vía del Partido Nacional Revolucionario y buscaba un espacio en el conjunto latinoamericano. Todo sucedió abriéndose un nuevo capítulo de las relaciones bilaterales con los Estados Unidos de Norteamérica.

Los presidentes mexicanos de ese período conocido como la Guerra Fría acceden al poder con grandes retos internos de asentar el modelo económico y afinar los procedimientos políticos que aseguren su primacía en el sistema político nacional, mientras que, los Estados Unidos de

Norteamérica gestionan su poderío y fortifican su área inmediata de influencia para contender con el rival soviético.

Las tres administraciones estudiadas por Soledad Loaeza son minuciosamente revisadas. Los expedientes más destacados a tener en cuenta en el examen practicado por la autora incluyen.

Las condiciones en que cada jefe del Estado mexicano ascendió al poder, consecuentemente la tarea de lidiar con la herencia presidencial del antecesor. El conocimiento o percepción que cada uno ya poseía o debió elaborar del carácter de Estados Unidos de Norteamérica, sus pretensiones y capacidades hegemónicas. En este rubro destaca la atención que Soledad Loaeza ha dedicado al estudio no sólo de la política exterior norteamericana practicada para el caso mexicano y del continente latinoamericano, sino a la conducta personal, ideológica y de tentaciones de los embajadores del aquel país destinados a la capital mexicana.

Despunta la minuciosidad, documentación y observación dadas por Loaeza Tovar a los respectivos titulares las Cancillerías Mexicana y Norteamericana. Varios episodios protagonizados por los responsables de los asuntos internacionales de ambos países, nos revela las discusiones, tensiones y discrepancias protagonizadas por los respectivos sistemas diplomáticos y los titulares del Gobierno de ambos países.

Para el caso Norteamericano los embajadores transitaron de la promoción de la injerencia, la alerta de la supuesta amenaza comunista asentada en México, a los acercamientos personales con los Presidentes mexicanos y la aceptación de la autonomía política del Ejecutivo nacional.

Ese mismo expediente incluye tanto las acciones hegemónicas norteamericanas, como los difíciles procedimientos puestos en práctica por la presidencia mexicana responsable último de la política exterior. La investigación conduce no sólo a entender las *limitaciones y posibilidades* de actuación del presidente mexicano en turno, sino de su Secretario de Relaciones Exteriores. Pasajes de enorme interés son los que Soledad Loaeza dedica a las cumbres, reuniones y foros realizados en América Latina, en los cuales México creó en esos años una diplomacia sin par, sobre la cual se construyó nuestro sitio en América Latina y frente a los Estados Unidos de Norteamérica.

Así, también en relación al punto abordado en este comentario, sobre los diseños hegemónicos de Norteamérica, una condición poco estudiada en nuestro ambiente académico y político es la fisura creada en la prensa, en los debates intelectuales, en las expresiones de partidos políticos, en suma, en la opinión pública, en torno a la división y confrontación entre las potencias americana y soviética. Las respectivas representaciones diplomáticas de los actores protagonistas de la guerra fría en nuestro país, buscaban afanosamente, no sólo descubrir los secretos políticos de su respectivo rival, incluían en sus agendas cultivar simpatías y apoyos para sus respectivas visiones estratégicas e ideológicas.

En situaciones tan complejas, imponiendo límites muy severos a la autonomía política del país, los presidentes mexicanos y sus equipos, se interrogaron, analizaron, ensayaron, y probaron los medios para que el corsé de la guerra fría no les ahogase y el cuerpo político nacional superará el desafío de convivir con la primera potencia mundial.

Manuel Ávila Camacho tuvo que sortear el desafío de la Cumbre Latinoamericana de Chapultepec, imaginada por los norteamericanos como fiesta exclusiva de ellos para imponer una política continental de intervención. El presidente Ávila Camacho emprendió una reorientación política de alianza con Estados Unidos, rechazando los planes de crear una alianza militar con aquel país —posición sostenida hasta entrada la década de los años sesenta que Norteamérica trató de vencer—, ensayando nuevas formas de entendimiento que no entorpecieran las

decisiones internas, fortalecieran la Presidencia de la República y colocasen al poder militar disciplinado al civil que inicia en 1946.

Miguel Alemán convirtió en éxito propagandístico la visita Harry S. Truman primer presidente norteamericano en visita oficial a México, obteniendo apoyos importantes para la industrialización nacional. Esta gestión transformó de manera importante al partido político nacional substituyéndolo por el Partido Revolucionario Institucional en 1946, impulsó la centralización de los procesos electorales y dio cobijo a una nueva clase media, su candidatura se sobrepuso a la fuerte figura de Ezequiel Padilla ministro de asuntos extranjeros en la presidencia avilacamachista y promotor de mayor dependencia hacia Norteamérica. El fortalecimiento de la administración pública, el cultivo a la imagen presidencial y la conversión del PRI en gran gestor social, hicieron de la Presidencia de la República el eje del sistema político mexicano.

El acervo de la presidencia de Miguel Alemán, se conserva para la Institución presidencial, surgiendo con contundencia la ruptura entre presidente saliente y entrante, cuando Ruiz Cortines hace de su antecesor un blanco de críticas por su manifiesta corrupción individual y de grupo. La ida a las sombras se convertirá en una regla de oro para todos los expresidentes mexicanos a partir de ese relevo.

Correspondió al presidente Adolfo Ruiz Cortines la presidencia más controvertida en materia de política exterior y de relaciones con Norteamérica en ese período crucial.

La variable externa, los acontecimientos políticos sucedidos en el área de América Latina en gran medida provocados por la intervención norteamericana conducen a un severo ajuste de la política interna de México en el período del presidente Ruiz Cortines.

El derrocamiento del presidente progresista Jacobo Árbenz en la vecina nación de Guatemala en el año de 1954 provocó un acentuamiento de decisiones de control político del presidente mexicano Adolfo Ruiz Cortínez. El golpe de Estado contra un presidente legítimamente electo en respuesta a su programa de cambios económicos y sociales fue inspirado y sostenido por el poderío norteamericano.

México se verá envuelto en una disyuntiva. Impedido de convalidar el golpe de mano norteamericano que cambió las coordenadas latinoamericanas, la Cancillería mexicana reconoció pronto a los golpistas como gobierno legítimo. La decisión norteamericana implicaba una doble seria advertencia. No se tolerarían políticas contrarias a sus intereses. Estos serían defendidos hasta llegar a la deposición de una autoridad libre y legítimamente electa. Motivo superior de preocupación para el Presidente de la República adyacente a la potencia mundial

México dio asilo al Presidente guatemalteco después de meses de alojamiento en nuestra embajada en Guatemala, y a una pléyade de políticos e intelectuales amenazados por el nuevo poder sureño.

Esta decisión poco simpática para Norteamérica, paulatinamente se combinó con un acercamiento a ese país en el combate al comunismo, precipitó que la Presidencia mexicana tomara consciencia de la importancia de la política exterior, polarizó aún más la vida política mexicana y nuestro país fue envuelto intensamente en el clima de la guerra fría.

Un aspecto muy importante a tener en cuenta que muestra la compleja historia política reciente de México, son las acciones, influencia y posiciones sostenidas en el período por dos líderes nacionales: el General Lázaro Cárdenas y el político socialista Vicente Lombardo Toldano. Ambos protagonizaron la crítica y debate en torno a la política tanto interna como externa de nuestro país, en ocasiones influyeron en la tónica de las sucesivas presidencias nacionales, más aún, por ejemplo en el caso del Gral. Cárdenas en los inicios y culminación de la campaña

presidencial en 1952 del General Henríquez Guzmán, como en la defensa de la autonomía política de América Latina en el transcurso de los años cincuenta a setenta del Siglo XX . Así también Lombardo Toledano expresaba la exigua pero indispensable política de la *izquierda* en un país nacionalista, de sistema corporativo, comprometido con Estados Unidos de Norteamérica pero alerta de no sucumbir antes los embates hegemónicos del Norte.

Recorrer tres gestiones presidenciales del México posrevolucionario en la situación de convivir con la potencia mundial, descubrir el aprendizaje por el sistema político mexicano de la intensidad de la guerra fría y avanzar en la modernización económica y la consolidación de la institucionalidad política, es el complejo cuadro que Soledad Loaeza construye para entender las limitaciones del poder presidencial en México, el condicionamiento de su autonomía, el amargo aprendizaje que la vecindad no se puede mudar, son factores que los presidentes de ese período tomaron en súbita conciencia, les establecieron un margen muy estrecho sin perder una visión de Estado. Ejemplo poco seguido en la actualidad.